

Cosquillas

30 céntimos



PARADÓJICA, por Demetrio.

—¡Ya estoy harta de billetes amorosos
que no vengan escritos en billetes!



Número 6 de nuestro Concurso de piernas.

(Fot. Walken.)

COSQUILLAS

REVISTA COMICO
SATIRICA

Administración:

EDITORIAL 1927

Oficinas: Campomanes, 12

APARTADO 8.032

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año II Madrid, 12 de Noviembre de 1927 Núm. 59



CONSEJOS POR DIAS ANTON

Nuevos consejos

Lo que debemos hacer por la mañana, al levantarnos

Antes de hacer nada, debemos despertarnos, porque si no, sería difícil hacer nada de provecho. Una vez despiertos, debemos creer que el reloj está adelantado diez minutos y, ya poseídos de esta agradable creencia, arrebujarnos en las mantas para, así, pensar cómodamente en las delicias que el honrado trabajo nos ha de proporcionar

nar aquel día: sobre todo, los mozos de mudanzas, esos que transportan los pianos, se deleitan hasta caérseles la baba pensando en que aquel día es muy posible que tengan que subir a un quinto piso, con un aparador encima.

En esos diez minutos de despertar y reposo, más de una Menegilda se deleita pensando en la suave caricia de la grasienta agua de fregar las sartenes, y se estremece con voluptuoso escalofrío pensando en los treinta metros cuadrados de piso que tiene que encerrar y abrirllantar aquel día venturoso...

Cuando ya han transcurrido los veinte minutos —aunque habíamos quedado en que son diez los minutos de regodeo, vamos a poner veinte, por si acaso—, debemos hacer un esfurezo para levantarnos y ponernos, primero, un calcetín, y después el otro, una vez hayamos desistido de ponernos los dos a un tiempo.

Una vez vestidos y calzados, y



INGENUA, por Margenat.

—¿Por qué diría ayer Juanito, cuando le dije que era mi primer novio, que parecía muy acostumbrada?

con la alegría de pensar en qué vamos a ganarnos el sustento, con nuestra honrada labor, debemos desayunarnos, hecho lo cual debemos salir de casa en busca de la cotidiana tarea.

NOTA: Algunas personas se lavan la cara, pero conste que no lo advierto como una necesidad indispensable.

La Editorial 1927 pondrá a la venta el día 2 de diciembre el primer número de la Revista cómica y de espectáculos titulada

VARIETÉ

Muchas historietas de gran comicidad.— Muchos artículos graciosos.— Galería de retratos de nuestras artistas más bellas.— En el próximo número daremos más detalles.





Se ha inventado una máquina

Mejor estaría decir que la han inventado, pero, en fin, respetaremos la manera de los diarios en que ha aparecido la noticia...

El profesor de Electricidad, Doctor Vanneberg Buch, auxiliado por tres distinguidos miembros del Instituto de Tecnología de Massachusetts ha conseguido armar un sencillísimo aparato intitulado: "La máquina del pensamiento"...

Problemas matemáticos—dicen las referencias—, demasiado complicados para que los pueda resolver la mente humana son resueltos por esta "mente mecánica" con extraordinaria velocidad. No es necesario más que darle los datos del problema; a los pocos instantes la máquina expele la solución por escrito.

Las primeras pruebas se han realizado con sorprendente éxito.

Nosotros hemos tomado billete para Massachusetts porque, en realidad, por muchas vueltas que le damos a nuestro caletre, no acertamos con la solución de diversos problemas creatísticos. Veremos si la maquinita nos alumbrá.

Pongamos un ejemplo:

Por diversas razones que no son de este caso existe un desnivel entre nuestras posibilidades económicas y nuestras necesidades materiales que viene resolviéndose mediante el crédito. Los acreedores, convencidos de que es inútil y molesto darse cita a la puerta del deudor en un día y a una hora determinada, se reparten—algo han de repartirse—, los días y las horas del mes y vuelven y tornan en busca de sus liquidaciones.

Si la máquina del profesor Vanneberg Buch no es una fantasía iremos facilitándola los datos de nuestros acreedores con toda escrupulosidad para que nos allane los conflictos. Una cifra global y por otra ranura la cantidad para satisfacerla, calmarían nuestras inquietudes. Decirnos solamente la cifra y no acorrernos para liquidarla, es tanto como

dar un consejo. Y los consejos no sirven para nada.

Si es esto lo que han inventado en el Instituto Tecnológico, con su pan se lo coman y buena pró les haga. Nos volveremos sin el artificio. Lo urgente, lo piadoso, lo que está haciendo falta, lo que vendría a llenar un vacío—unos cuantos vacíos—, sería esa máquina prestamista que adivinamos a través de las informaciones. Sumar, restar, multiplicar y dividir, así se haga con la rapidez y con la exactitud de una máquina cal-

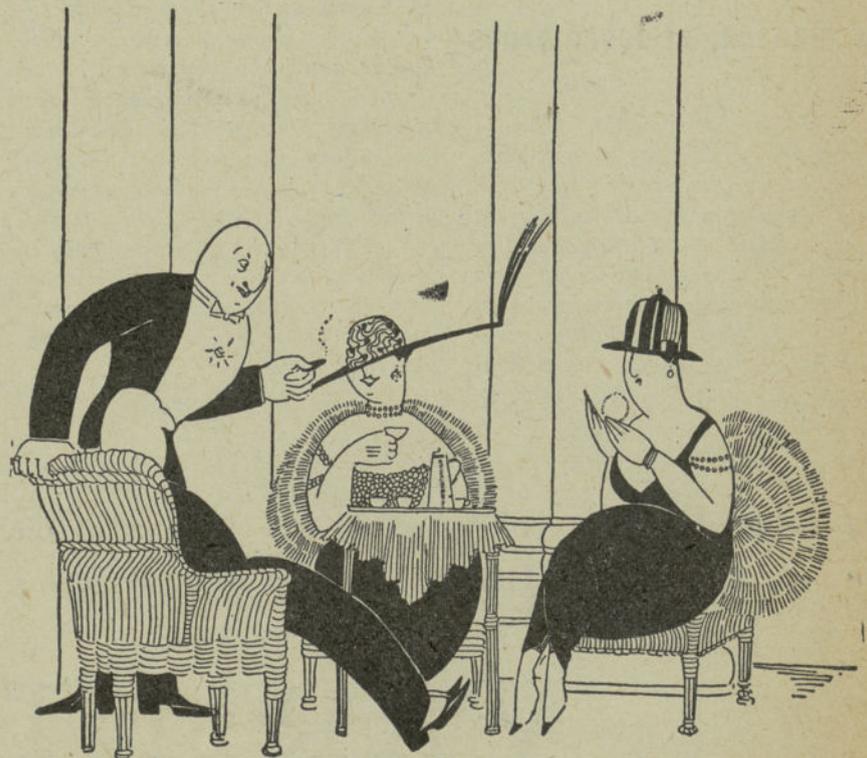
culadora, no conduce a nada, no solución nada, no es útil para nada. Nos hablan de "resolver" problemas; nada menos que de resolverlos. Y los problemas no se resuelven más que con dinero contante y sonante. La cifra en un cartón o en un papel no resuelve, plantea; no finiquita, acucia. Es mejor ignorarla.

Encontraríamos más consuelo para nuestros quebrantos acudiendo a los hombres que en calles y plazuelas exhiben el pajarito sabio que os brinda en el pico el sino de las personas por una perra gorda. Benévolos estos augures suelen deciros que vais a ser muy ricos y que las hembras os adoran. Ello os hace pensar que cambiarán los tiempos y que no os corre prisa liquidar, con apremio, vuestras cuentas.

Que está siendo precisa una máquina que nos descargue de ideas desagradables, es notorio.

Las "sacaperras" ha tiempo retiradas de la circulación, solían allanar conflictos de a peseta. Si las que fabrican en América se alargan hasta los mil durillos no habrá por nuestra parte inconveniente en decir que es un sabio el doctor que ha trazado los planos. De otro modo se trata de un iluso que no merece que se le de un bombo...

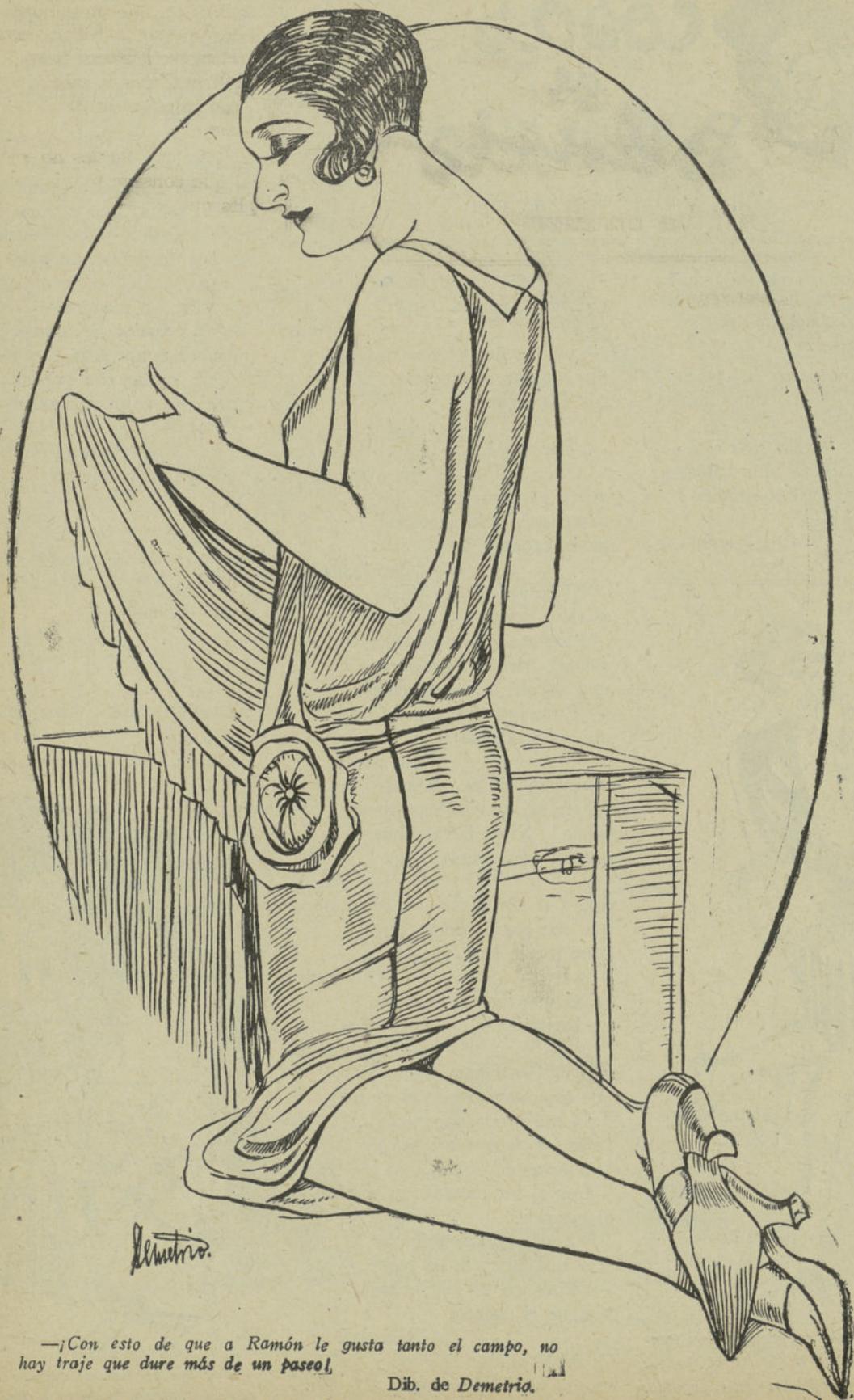
LEOPOLDO BEJARANO.



MURMURACION

—¿No saben ustedes que el barón ha sorprendido a la baronesa?

—Sí, lo sabíamos; pero no creemos que la haya sorprendido; ya está muy acostumbrada.



—¡Con esto de que a Ramón le gusta tanto el campo, no hay traje que dure más de un paseo!

Dib. de Demetrio.



Cosas de Belorcio

¡Ahí va un cazador!

—¿Has leído, Epaminondas?
¡S'han fugao del Instituto
Antirrábico seis gatas
rabiosas!

—¿Qué hablas, Facundo?
—¡Que s'han fugao seis mininas
hidrófobas...!

—¡No seas mulo
y no chilles! ¿O es que hablas
con cualquier sórdido-múcido?
¡Ya te he oído!

—Pues entonces...

—Entonces, no armes barullo,
que hay chavalas cerca.

—¿Y qué?
—Que las puedes dar un susto
mu regular, si tropiezan
con las felinas.

—Lo dudo.
—¿Por qué?
—Porque ahora mesmito
voy a ganarme unos duros
ofreciendo mis servicios
pa la captura.

—¡Qué bruto!
—Ni bruto, ni na. Verás
si sirvo yo pa ese asunto.
—Perdona que te lo diga,
chaval, pero me presumo
que no van a hacerte caso.
—¡En cuanto les diga el truco
me subvencionan!

—Me choca
lo que me dices, Facundo;
¡si tú, en tu vida has servido
pa na! ¡Ni pa llevar bultos,
que lo hace cualquiera!

—Vamos,
que a ti t'han dao por el número
que me corresponde, otro;
¡que me le has cambiao!

—¡Qué mulo!
¡Creí que ibas a decirme
un barbarismo!

—Hazte punto
y oye. Esas gatas rabiosas
que espantan a todo el mundo,
a mí me preocupan tanto...
¡como fumarne ese puro
que llevas en la chaqueta!
—Por si las moscas; lo mudo
al interior.

—¡Hay que ver!
Era una imagen, so burro.
—Déjala pa un nacimiento
y sigue el cuento.

—Ranudo.
Como te estaba diciendo,
yo me voy al Instituto,
hago que me den las señas

de una felina, la busco
por toas partes, y, aunque esté
más rabiosa que un eunuco
de los que ha dejao cesantes
el nuevo régimen turco,
la trinco por la cabeza
con calma, y la restituyo
a su sitio.

—Pues no veo
en qué consiste tu truco.
¿Es que eres un *as* maullando?
—No, señor, que no maúllo...
Es... cuestión de entrenamiento.
No me da temor ninguno
porque, pa mí, es cotidiana
esa caza, so mendrugo...
—¿Tú cazador de felinas?
¿Ande has aprobaos los cursos?
—Que lo diga mi parienta
cuando la cojo y la zumbo...
—Y ¿qué?

—¡Que también es *gata*
y rabia muy a menudo!

BELORCIO.

En diciembre,

V A R I E T E

Editorial 1927. Apartado 8.032.



—Si el señorito se propasa hoy tam-
bién, no se que va a ser de mí, porque
yo tengo voluntad dos días seguidos
nada más.



—¡Y ya lo sabéis; cuando me case,
¡quí no ladrará nadie más que mi ma-
rido!



UNA MUJER ARREGLADA, por Picó.

—Hay que ser económica: ¿Ves estas medias de seda natural? Pues son baratísimas.

—¿Sí? ¿A cómo te cuestan?

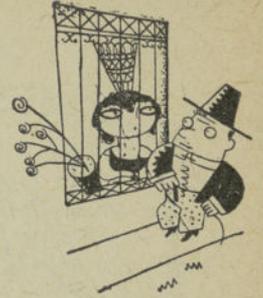
—No lo se porque las compro al por mayor.



Viajando en primera

Mujeres de España

La mujer andaluza.—Su cariño.—Sus coplas.—Su constancia.—Sus celos.—Su padre.



(Me propongo dar a la linotipia una colección de artículos en los que reflejaré, como en un lago de Holanda, el carácter de la hembra española. La mujer andaluza, la aragonesa, la segoviana, la gallega, la madrileña, etc... irán desfilando por estas columnas, si no en correcta formación como sería mi deseo, con el atropellamiento natural y femenino del caso, pues el tema no se presta a la formalidad.)

Fué en Sevilla.

A mí me molesta que la mayor parte de las cosas que ocurren en Andalucía tengan su acción en Sevilla. Me gustaría más que pasasen en Pamplona.

Pero como da la casualidad que Pamplona no es de Andalucía, este deseo mío es imbécil como darse un baño de aseo vestido de buzo.

Así es, que fué en Sevilla. en una hermosa noche de Primavera en que las rosas oían a rosas, los claveles a claveles y las casas de huéspedes a coles cocidas.

La luna iluminaba las calles con el pincel de su luz. La luna iluminaba las calles con el pincel de su luz. (Lo repito para que se empapen ustedes de la frasecita.) Los serenos transitaban somnolientos. Unos eran casados y otros viudos. Las cancelas estaban cerradas. Los niños de dos años durmiendo. Todo hacía ver que estábamos en Andalucía.

Yo iba aburrido, porque a mí, el que las rosas huelan a rosas y los claveles a claveles siempre me ha aburrido, como la conversación de una institutriz escocesa.

Pensaba irme a la fonda, para lavarme los pies, cuando detrás de una reja vi unos ojos femeninos que brillaban como los faros de un Citroën por la carretera de la Coruña, o por la calle de la Bola.

Como lavarme los pies no me corría prisa, y lo mismo que había esperado seis meses para hacerlo, podía aguardar otros seis, me entreteve para decirla:

—¡Vaya ojos, hija!

Ella, que contemplaba la luna con el mismo interés que si fuese el som-

brero nuevo de una amiga íntima, no me hizo ningún caso.

Yo creí que no me había oído y repetí:

—¡Vaya ojos, hija!

Entonces, ella, me miró y dijo:

—¿No tié usted na que hasé por ahí, saborío?—y se puso a cantar una coplita flamenca.

—¡Qué alegre está usted señorita!—La dije.

Ella me contempló sonriente y exclamó:

—Tengo yo mi corasón tan ¡echesito a mis mañas que le digo “yora” y yora y le digo “canta” y canta.

—¡Muy bonito! ¡Muy bonito!—alabé—. Me ha gustado mucho. ¿Es de usted esa bonita canción o de algún pariente suyo vinatero?

—No señó. Der pueblo andalú que e mu rico en copla.

—¡Ah, ya!

Y la propuse que me dejara pelar la pava con ella. Ella con muchísimo salero me dijo que no al principio. Pero terminó por decirme que “ayá veríamos” porque yo “no era malange der tó”.

El resultado fué que nos hicimos novios. Yo iba todas las noches a su reja y pelábamos la pava.

Pelábamos la pava de esta manera castizamente andaluza:



Yo (Haciéndole una pregunta, que no se me había ocurrido hacerle hasta entonces).—¿Tú tienes padres, niña?

Ella.—Tengo una tía y me quiere como si fuera mi madre siempre que compra lechugas me da las hojas más grandes.

Yo.—¿Y le has dicho algo de lo nuestro?

Ella.—Cuando voy a confesá digo lo que me parese. Nunca digo la verdá.

Yo (Entusiasmado con su gracejo).—¡Morena de mi alma!...

Ella.—Aunque soy morenita mi amor me quiere lo mismo que si fuera como la nieve.

Yo (Algo cabreado con tanta copla).—Bueno oye. ¿Me quieres?

Ella.—Amores he tenido amores tengo.

A ninguno he querido y a tí te quiero.

Yo (Para variar de conversación).—Bueno, Carmelilla, me tienes que dar un retrato tuyo.

Ella.—Toma este puñalito y ábreme el pecho y verás tu retrato si está bien hecho.

Yo (Para ponerme a tono con la joven).—La primera verbena que Dios envía es la de San Antonio de la Florida.

Pero ella seguía con sus coplas y yo no tenía más remedio que pedirme.

—Adiós, guapa. Ya es algo tarde y me voy a dormir. Mañana tengo que levantarme a las doce y cuarto.

—Mira con qué disimulo te vas por la calle arriba sin repará que te dejás a una morena cautiva.

¡Oh, el pueblo andaluz! ¡Qué rico en coplas!

Una noche de julio el calor era insoportable. Las calles de Sevilla ardían. Las flores oían más que nunca. Todo invitaba al amor. Los dos en la reja estábamos medio desfallecidos de voluptuosidades, con las

manos entrelazadas. La mujer andaluza es ardiente como la gasolina Porto-Pi. Yo me pensaba llevar al día siguiente una butaca para sentarme a pelar la pava, pues aunque hace más bonito pelarla apoyado en una varita yo tenía un dolor tremendo en las piernas.

Y la dije que como su tía había salido a una novena me debía dejar entrar un ratito en su casa.

Ella no quiso. Dijo que no durante tres cuartos de hora.

Yo insistí. La dije que no era más que para descansar un ratito, pues estaba hecho migas de cansancio.

Entonces ella me hizo jurar por la Virgen de los Dolores que no me propasaría.

Yo la aseguré que no. Que descansaría, vería el pozo, regaría las macetas y me iría en seguida.

—Júramelo por el Cristo der Gran Podé.

Se lo juré por catorce santos por varias personas de mi familia y por un amigo íntimo que estaba en Caracac veraneando.

Y al fin entré.

A los diez minutos de entrar pasó lo inevitable. Ella era andaluza y ardiente. Yo madrileño y reumático. Era primavera y olía a flores. Estábamos en Sevilla.

Pero luego ella me miró a los ojos duramente levantó una mano y habló así:

—Te has vebaito de mi cuerpo

la prenda de más waló.

Así te veas paralítico

si es que me hases traisión.

¡Oh, Andalucía! Andalucía!

Y desde entonces me dió unos celos repugnantes. Ya, nuestros diálogos eran así:

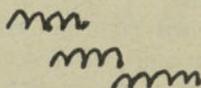
Ella.—Tú tienes amor con otra

y conmigo las chancitas.

Si te quieres divertir

compra un trómpo y una guita.

Yo.—No seas tonta, rica. Si yo te quiero mucho.



Ella.—Dame mi bien pesares
dame desvelos;
Dame lo que tú quieras;
No me des celos.

Yo (*Preparando el terreno como para jugar al "tennis"*).—Mira rica, un día de estos me tendré que marchar a Madrid a cortarme el pelo. Los peluqueros andaluces son los mejores y todos están en "Almeida". Como allí en las peluquerías hay tanta gente, quizá tarde algo en regresar. Total nada. Cuestión de dos o tres años. ¿Me olvidarás tú Carmelilla?

Ella.—Aunque vo a tí no te vea ni en uno ni en dos ni en tres yo te seguiré queriendo como una inglesa a un inglés.

Yo.—¿Me querrás siempre?

Ella.—Con la sangre de mis venas te firmaré una escritura de no dejar de quererte ni en la misma sepultura.

Yo.—Atiza!

¡Oh, la constancia andaluza!

Una noche antes de ir a ver a mi novia pensé comprar higos chumbos para obsequiarla.

Cerca de su casa una jovencita los vendía y me acerqué a comprar.

—Salada—dije—. ¿Me das media docena?

—¿Es usted forastero?

En diciembre,
V A R I E T E
Editorial 1927.
Apartado 8.032

—De Madrid.

—En Madri tengo un tío que es confitero y que me da confites... por mi dinero.

—¡Mi madre!—exclamé yo que oía ya una copla y me sentaba como una patada en un ojo. Y la entregué el dinero y la dije que lo contase por si estaba bien.

Y cuando ella dijo:
—Veinticinco pesetas son cien reales.

En faltando un ochavo no están cabales.

Ya no pude contenerme más. La puse una mano en la boca y con la otra la pegué un manotazo en una cadera. verdaderamente cabreado. Pero cuando yo estaba con la mano en esta guisa veo delante de nosotros a mi novia que dice:

—Plato de segunda mesa nunca en mi vida lo he sido si ahora quieres que lo sea estás muy mal entendido.

Y en seguida sacó una navaja de la liga y se la clavó en un costado a la vendedora de higos de tuna. Y luego levantó la navaja, miró al cielo y exclamó con voz ronca, la siguiente seguidilla:

—En insufrible fuego de celos ardo

por eso determino

morir matando.

Porque me alivia

ver a la que me mata también herida.

Y se entregó a una pareja de civiles que venían del "cine" y que casualmente pasaban por allí.

Yo me fui corriendo a la fonda, cogí la maleta, una colcha y la bombilla de la cabecera de la cama y me marché, arreando, sin pagar ni nada.

No paré hasta Zaragoza.

¡Oh, Andalucía, Andalucía!

¡Su padre!

MIGUEL SANTOS.

(Ilustraciones de Mihura.)





Charlas de Incórdiez

Otra lección de buena crianza

¡USTED PRIMERO!

(Ya no me acuerdo si es la cuarta o quinta lección de urbanidad.)

Es de un mal gusto de galón dorado el precipitarse a penetrar en una habitación antes que otro señor que lo intenta; el tomar el tranvía apartando a codazos a los demás *esperantes*; etc., etc. Repito que esas manifestaciones de impaciente egoísmo son apestantes, y en estas lecciones, en las que pongo de manifiesto mi exquisita crianza, doy los remedios más viables y por los procedimientos más eficaces:

Ante todo, lo que debéis cuidar es *qué dirán*; esa ha de ser vuestra norma si queréis vivir tranquilos y considerados en estos tiempos de *postguerra* (esto de *postguerra* da cierto prestigio al escritor).

Ahora más que nunca las buenas formas son el aval necesario para ser bien mirado. Y si no, que se lo pregunten a las señoras de *buenas formas*. ¡Que digan ellas si no son bien miradas y requetemiradas!...

Antes había más verdad, pero peor educación.

Antes de la gran guerra, cuando las modelos de las casas de modas salían a la calle *lanzando* una creación atrevida, se armaba un jollín de agonía por esas calles de Dios. La gente, en desbordado y salvaje desenfreno, en el que ponía la since-

ridad de su sentir al par que su mala educación, seguía por la calle en escandaloso grupo a la atrevida modelo, la cual se tenía que guarecer en un portal protegida por los guardias. Y todo eso acontecía porque la infeliz mujer lucía una falda ligeramiente abierta por un costado, por ejemplo.

Ahora hemos llegado a la perfección en eso de sujetar el animalucho de nuestro salvajismo. Ahora vemos a las señoras medio desnudas y nos aguantamos. ¡Y a lo que iba!

Debéis recordar, como si os debieran algo, esta lección que os atizo con el mejor deseo y fina voluntad:

Quando estéis comiendo con una

persona de cumplido, debéis invitar con el ritual de "¡Usted primero!" a vuestro acompañante. En vuestra casa ya es otra cosa. (Yo, en mi casa le retuerzo el cuello al que intenta servirse antes que yo.)

No debéis asaltar las plataformas de los tranvías, sino despararrar la mirada en vuestro derredor en busca de señoras, señoritas, niñas o ancianos que necesiten viajar en el molesto armatoste, y dedicándoles la más afectuosa segura servidora sonrisa que se dibuje en vuestros labios, invitarles con el "¡Usted primero!" de rigor. Si no lo hacéis así, sois unos bestias de tiro lento, y dispensadme la manera de señalar; pero la sinceridad preside todos mis entreactos, y su im-



DIA DE SORTEO, por Picó.

La señorita.—¡Chica que desgraciada soy con mi novio; hace och "cine" me regaló un décimo!...

La doncella.—¿Y no tocó?

perativo categórico es el que me los dicta. (¡Estoy deseando que se me ocurra algo gracioso!) Solamente en un momento trágico de la vida de las personas estáis relevados de cumplir con la regla; solamente en uno de esos momentos en que, por lo terribles, se pierde la noción del espacio y del tiempo, cuando más la educación; uno de esos momentos, digo, en que... ¿Ustedes no se han encontrado nunca al final del pasillo, con otro señor, frente a una puerta con iniciales?

Yo no sé si me habré explicado lo suficiente; lo que sí sé es que no digo ni una palabra.

INCÓRDIEZ.

(Arbitro de elegancia.)

(Se compran botellas y sifones.)

Anuncios por palabras

Aviso: Del domicilio paterno se han fugado dos preciosas jóvenes llamadas Juana y Manuela Gómez. Ambas eran profesoras de corte y vocales de la Agrupación feminista del distrito de Chamberí. Se gratificará espléndidamente al que descubra esta fuga de vocales, dando indicios de su paradero.

Todo lo que no sea indicar dónde se esconden es... Juana y Manuela.



MARIDO VENGATIVO

—¡Qué gusto! ¡La voy a aplastar!



Pica 77-

¡Todos se casan! Los que anheláis matrimoniar dirigíos a la Agencia "El Yugo", la más seria y rápida de España. Actualmente podemos ofrecer las siguientes gangas: una suiza, ya jamona, sin capital y una argentina joven y bonita, con muchos miles de pesos. Opinamos que deben optar sin vacilar por la segunda, pues entre la suiza y la argentina hay una gran distancia.

Se han extraviado dos perros de caza, propiedad de un pobre guarda-jurado, que los destinaba para guardar la finca de su circunscripción.

El que los devuelva hará una obra de caridad a su dueño. Este advierte que no puede dar gratificación, porque se ha quedado sin un perro.

¿Queréis relojes de ocasión? Pues aprovechad el descuido del primer transeunte que os encontréis y... aprovechar la ocasión para llevároslo. Es el modo más práctico de poseer un reloj baratísimo.

Hay un dentista que necesita un chico para su gabinete. También hay una joven que necesita un chico.



—Oiga usted, doctor. Me parece que le está usted escuchando el pecho a la niña demasiado tiempo.
 —¡Oh, no se preocupe! Es que mi reloj atrasa mucho.

CAROLA Y LILÍ

¡Ensayos, muchos ensayos!

Cuando entré en la "Maison", dormida en la penumbra de aquel atardecer otoñal, divisé a mis lindas amigas Carola y Lili, cerca de uno de los ventanales.

—Le esperábamos—dijeron alargándome sus manos, que estreché con efusión.

—¿Hay novedades?—pregunté.

—Si y no—respondieron a dúo—. Hemos terminado "Rosa de Flandes" y, "Ay, Chamberí!"

—Lo sé—afirmé.

—Pero no sabrá usted—agregó Carola—que mañana empezamos a "rodar" "Los dos besos".

—Y que "hacemos" las protagonistas—agregó Lili.

—¡Oh, qué suerte... la del galán!—suspiré.

Sonrieron. Yo, amigos lectores, estaba enamorado de Carola y Lili, o de Lili y Carola, si ustedes lo prefieren. Hermosas las dos, fotogénicas las dos, y con unos ojos y unos labios...

Carola era una diminuta muñeca, toda fragilidad y gentileza. Pero no exagero diciendo que los ojos de Carola eran más grandes que toda ella.

Lili... ¡Oh, los labios de Lili!... gruesos y carnosos, estaban pidiendo besos, constantemente. Hasta cuando se movían para contestar a la pregunta, "¿qué va usted a tomar?", del camarero; los labios de Lili parecían decir: "Yo, besos, muchos besos".

Ya no les extrañará a ustedes que yo estuviera enamorado de ambas. Carola me había mirado—¡naturalmente!—con los ojos y Lili con los labios.

Y no me llamarán ansioso, ¿verdad que no?

El argumento de "Los dos besos" era original de mi buen amigo Floro Rebólez. Amigos desde antes de la cuna, pues nuestras familias gozaron igualmente de buena amistad, Floro me profesaba un cariño fraternal. Por esto, cuando escuché de labios de Lili, que iban a interpretar las protagonistas de "Los dos besos", me despedí de mis lindas amigas, pretextando un asunto urgente e inaplazable, y corrí en busca de mi buen amigo.

—Es preciso que cambies el final del argumento que has escrito para

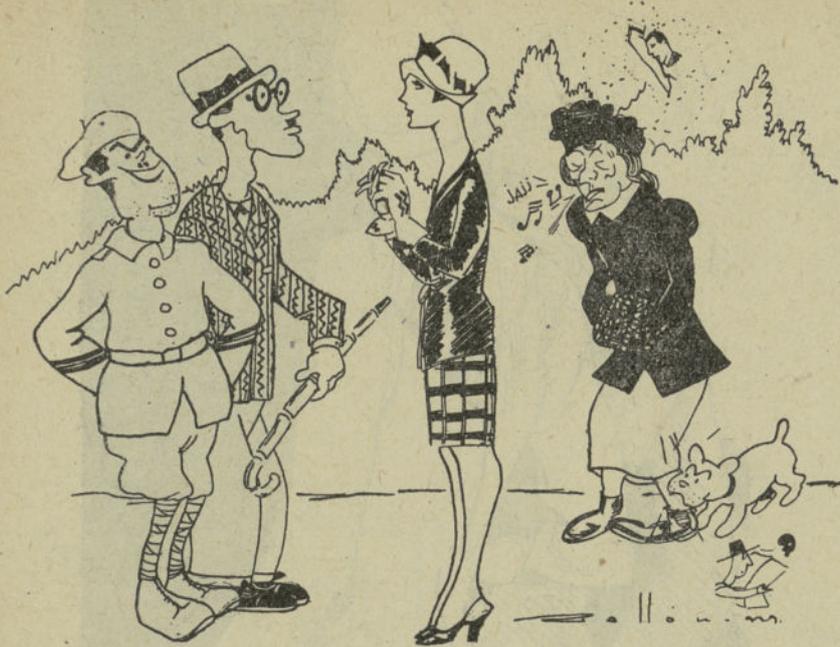


—La conducta de mi marido es insoportable.

—¿No está nunca en casa?

—No sale de ella.

Dib. de Margenat.



¡NO ES LO MISMO!, por Bellón.

Ellos.—Nos han dicho que te casas con Tomito.

Ella.—¡Se casa él conmigo!

la película española "Los dos besos" —le dije—, y que me des entrada en ella.

—¡Tú estás loco!—exclamó mi bien Floro.

—¡Loco por dos mujeres!—dije.

Y le expliqué el caso, mi caso.

Cuando hubé terminado, Rebóllez me preguntó:

—Bueno; ¡y qué es lo que quieres de mí?

—Quiero—contesté—que en la escena final sea yo quien bese a las dos mujeres, en lugar de Palentino, el galán.

—Pero, hombre, ¿cómo lo cambio todo?—protestó Rebóllez.

—Todo no hace falta—señalé—. Con el final me basta. Puedes hacer cualquier cosa..., por ejemplo, que salte un ladrón por la ventana y que sea él quien las bese, después de amordazar al marido engañador.

—No está mal pensado—habló Floro—. Así quedaría en ridículo el "don Juan castigador".

—¿Lo harás?

Vaciló unos instantes. Pero, vencido, acabó por decir:

—Lo haré.

Y le abracé, conmovido.

A los pocos días me presenté en el estudio de la "T. B. O. Film", con una carta de recomendación de mi amigo. En ella hacía grandes elo-

gios de mí y me señalaba como el único capaz de representar el humorístico "papel" de ladrón en la escena final de "Los dos besos", ya convenientemente reformada.

Aquella misma tarde se "rodaron" algunos interiores. Carola y Lili pa-

recieron dudar de mis aptitudes para el arte mudo.

—No sabíamos—me dijeron—que reunía usted condiciones...

—Sí—dije—. Ya verán ustedes. Además, es una escena tan corta...

Antes de comenzar, llegado el momento de mi actuación, el director me explicó algunos detalles y me señaló la ventana por la que había de saltar. "Después ya sabe usted lo que tiene que hacer", me dijo. ¡Vaya si lo sabía!

—Ensayémos—gritó aquél. Y dió una palmada.

Yo estaba deseando llegar al final, y comprendo que me precipité demasiado. El director movió la cabeza varias veces, con disgusto.

Por fin pude poner en práctica mi truco amoroso peliculesco. ¡Creí desmayarme!

—¡Muy mal!—gritó repetidas veces el director, que había enrojecido por instantes, contemplando mi trabajo—. ¡No ha comprendido usted su "papel"! Lo ha interpretado usted en serio y es completamente humorístico. ¡Así no se puede "rodar"! Es preciso repetirlo cuantas veces haga falta.

Y yo relamiéndome aun de gusto asentí, gozoso:

—Sí, señor director. Lo reconozco. Me faltan ensayos, ¡muchos ensayos!...

PABLO TORREMOCHA.



Ella.—Es un chico muy guapo que me ha dicho que tiene porvenir en el "cine".

El.—¡Sí; ya lo creo! ¡Es muy cínico!



ANDRÉS Y LUIS

El hecho ocurrió en la Gran Vía madrileña, al volver de una esquina. Dos hombres, uno alto, espigado, con gafas, y otro grueso, rechoncho y sin cristales ante los ojos, se tropezaron violentamente.

Gritó uno de ellos:

—¡Animal!

Clamó el otro:

—¡Bestia!

Y ambos, al unísono, agregaron:

—¿Está usted ciego?

Fué entonces cuando los dos se miraron cara a cara y cuando, al reconocerse, las lanzas se volvieron cañas.

—¡Caramba, chico!...—dijo el alto—. ¿Quién había de pensar que fueses tú!... ¡Dispensa, Luis, dispensa!...

—Lo mismo te digo, Andrés—le respondió el gordo—. Yo iba enfascado en un pleito que traigo ahora entre manos y que no me deja ni dormir. Y tú ¿qué haces ahora?... ¡Tanto tiempo sin ir por casa!... ¿Te hemos hecho algo?... Muchas veces he mostrado mi extrañeza a Juana. “¿Cómo no vendrá Andrés?” Y Juana me ha contestado siempre: “Lo ignoro... Quizá sus negocios”... Yo, velando por tu buena fama, he dejado a mi esposa con su duda... ¡Los negocios de Andrés!... Son célebres tus dichosos negocios, chico: correr tras de las mujeres a toda hora como si sólo hubieras nacido para eso... ¡Buen punto filipino estás hecho!...

—¡Por Dios, Luis! Eso no me lo dirás tú en la calle, porque ahora mismo me lo vas a decir en un café. ¡Hala, entra, a escape!...

Entraron los dos amigos en el café más cercano. Se instalaron en una mesita, y allí, sosegadamente, mientras humeaban sus cigarrillos en azulencas espirales, continuaron ambos su conversación. Luis habló de sus pleitos, de sus ganancias, de sus ahorros, y Andrés, ¿de qué iba a charlar?... Era un varón enamorado, de los que limitan su horizon-

te a la busca y captura del placer. Su fortuna le permitía seguir a entera satisfacción sus aficiones, fuera de las cuales apenas si veía al mundo, como envuelto en una niebla gris, fría e indiferente. Charló de sus últimas conquistas sin vanagloria alguna. Más bien parecía desprenderse de su conversación un dejo de melancolía y de profunda tristeza. Por algo se ha dicho ya tantas veces y por tantos y tan sesudos varones que toda la carne es triste y la de mujer, por lo visto, más triste que ninguna. Cuando Andrés abrió un paréntesis en su charla, Luis lo aprovechó para llenárselo de consejos. Lo autorizaban a ello una amistad de muchos años y un ansia de dar—era lo único que daba—lecciones de moral a todo el mundo. El vicio no prevalecerá nunca sobre la virtud. Quien siembra vientos, recoge tempestades. A juventud dispendiosa ha de seguirse vejez misérrima. Vino, en fin, a concluir que los dos estaban interpretando la fábula de la cigarra y la hormiga. Y claro es que otorgaba a Andrés la representación de la alocada y cantarina cigarra, que no se cuidaba más que de pasarlo alegremente sin pensar en el proceloso invierno, y que se atribuía a sí mismo el papel de la afanosa hormiga, siempre fijo el pensamiento en el día de mañana.

Andrés le dejó hablar un buen espacio sin interrumpirle. Seguía, en tanto, la marcha vagorosa del humo de su cigarrillo. Sin embargo, al hacerse tan visible el símbolo de la fábula, intervino así:

—No creas, Luis, que eres tú sólo a tesaurizar. Todos tesaurizamos. Yo ahorro recuerdos; tú, monedas. Y, llegada la vejez, veremos lo que resulta más barato: si recontar talegas o memorias felices.

Luis casi se atragantó con un sorbo de agua por apresurarse a contestarle:

—Memorias felices!... ¡Bah!... Es que, pasando el tiempo, amigo

Andrés, todas tus memorias vendrán a ser una sola. En tu encallado cerebro se repetirá indefinidamente la misma estampa: la del varón yaciendo con la hembra. Porque el placer lo habrás conocido, no lo dudo. Pero lo interesante no es el placer, sino el amor. Y hay muchos que, como tú, sólo consiguieron gozar el amor en tan pobre y mezquino simulacro. Únicamente si tú hubieras llegado a sentir una verdadera pasión...

Andrés, con la voz demudada, le interrumpió:

—La he sentido y la siento. Una mujer es todo para mí. Yo soy todo para ella. Y, sin embargo, nuestro amor es imposible.

—¿Queriendoos los dos?

—Se trata de una mujer casada. Luis miró de hito en hito a su amigo.

—¿Hablas en serio?—le preguntó al fin.

—Más en serio de lo que te imaginas.

Aquí echóse a reír Luis con una risa que no acababa nunca: risa estrepitosa, violenta, tempestuosa.

—Me río—clamó entre hipos extenuantes—, me río de ver tu grave continente y, sobre todo, de encontrar en ti a un Andrés insospechado. Tú eras para mí la personificación de don Juan y, la verdad, no concibo a don Juan retrocediendo ante la conquista de una mujer porque ésta sea casada.

—Si fuese la mía una pasión vul-



—¿Pero le vas a llamar?

—Sí. Yo comprendo que es un hombre indigno, pero mi amor no tiene cura y me caso con él aunque no tenga cura.

Dib. de Margenat.

gar, perseguidora exclusivamente del placer carnal, como las que hasta ahora experimentara, yo no hubiera retrocedido. Pero, ¿qué quieres?... Te lo confesaré, Luis, te lo confesaré... Tengo miedo, mucho miedo, no por mí, sino por ella. Anhelaría para esa mujer toda la felicidad posible sobre la tierra y temo no poderle proporcionar. El amor me asusta, amigo mío.

—¿Y su marido?...

—¡Su marido!... Es un ente vulgar, poseedor de un tesoro sin saberlo. Los negocios le absorben. Cubre el cuerpo de su mujercita con vestidos lujosos; adorna con joyas sus muñecas de carne translúcida, sus orejuelas de nácar, su garganta enhiesta y fina como vara de nardos. Le habla con obsequios más que con palabras. Y ni sospecha que su esposa pueda tener alma, una almita delicada y gentil, que se muere de tedio en su casa, pobrecilla cautiva en una cárcel de seda.

Nuevamente miró Luis a su amigo con detenimiento. Al cabo, le dijo:

—Pero, ¿de veras quieres a esa mujer con toda tu alma?...

—La idolatro.

—¿Y está ella dispuesta a seguirte?

—Hasta el fin del mundo, en cuanto se lo proponga...

—¿Y el marido es así de sandio y de imbécil como me lo has contado?

—Así es, en efecto. Tiene esa desgracia.

Pasóse Luis meditativo unos segundos. Luego, poniendo una de sus manos en el hombro de Andrés, le habló gravemente:

—Me intereso vivamente por tu felicidad. Así, pues, voy a darte un consejo, si me prometes seguirlo.

—¿Cuál es?

—Coge a esa mujer, llévatela lejos, muy lejos, y sé dichoso con ella.

—Advierte, sin embargo, que tiene un esposo...

—Yo no entiendo de escrúpulos, cuando está en juego la felicidad de toda la vida. Púdrase el marido, húndase el mundo si es preciso, pero tú no renuncies a ella. El egoísmo es la mejor virtud.

—¡Veremos!... ¡Veremos!... Quisiera, desde luego, decidirme...

—¿Qué es eso de "quisiera"? "Quiero" has de decir con todas tus fuerzas.

Luis había de acudir ya a sus ocupaciones. Los dos amigos, por consiguiente, salieron a la calle. Era una mañana gris de otoño. Pendían sobre los tejados unos amplios vellos de niebla, de cuyo seno caía hasta el suelo una leve, una imperceptible llovizna. Las últimas palabras de la conversación, cuando ya ambos se habían separado, fueron de Luis.

—No dejes de hacer lo que te he

aconsejado—le gritaba—. Y cuanto antes... ¡Hoy mejor que mañana!...

* * *

Luis estuvo todo aquel día fuera de casa. Sus asuntos apenas le dejaban un punto libre.

Cuando, al cabo de la jornada, llegó a su hogar, gritó casi desde la puerta:

—¡Juana!... ¡Juana!...

Ardía en deseos de contar a su esposa su singular entrevista con Luis. A sus gritos acudió una doncella, que le dijo:

—La señora salió temprano esta tarde y aún no ha vuelto. Dejó esta carta para el señor.

Luis abrióla en su despacho. Y leyó:

"Huyo de tí, Luis, y parto en busca de la felicidad que tú no supiste proporcionarme o que yo no acerté a encontrar a tu lado. Perdóname.

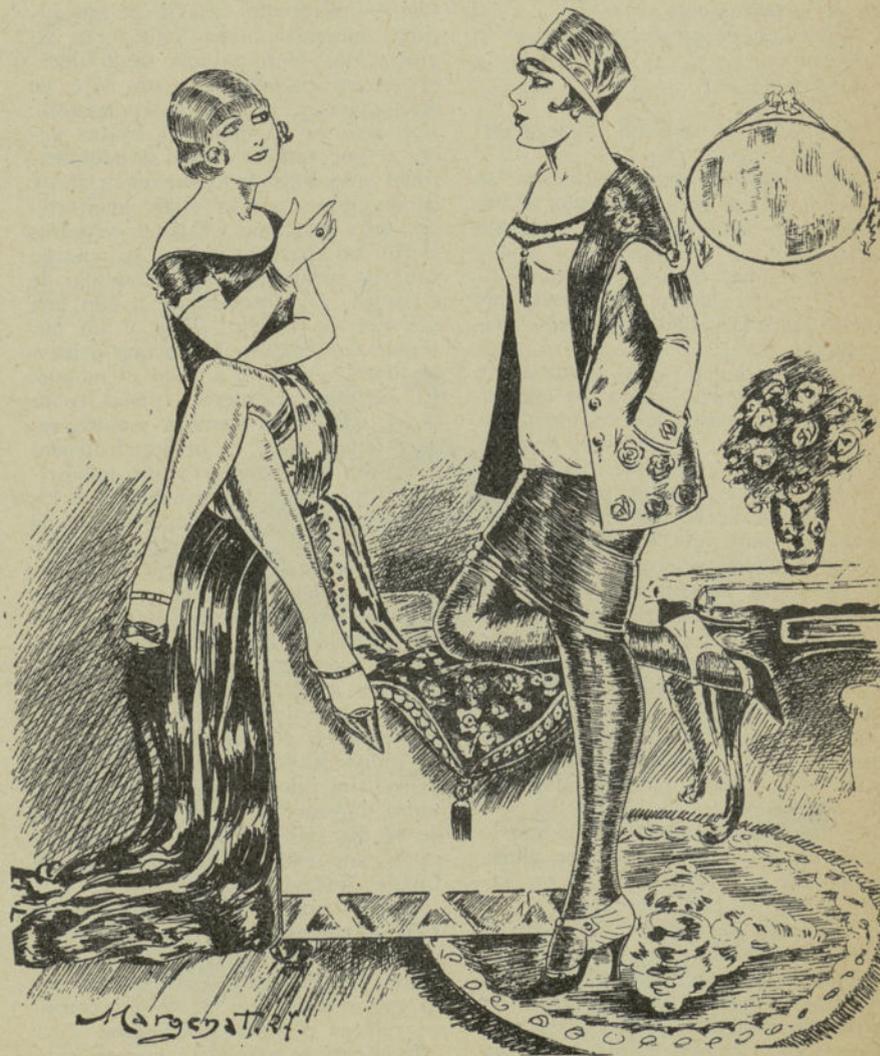
Perdona asimismo a Andrés... Ninguno de los dos te hemos sido traidores. El corazón tiene ¡ay! sus leyes y no es posible que nadie se escape de ellas... Toda partida es triste. De este modo, no aumentemos su tristeza con gestos violentos... ¡Hay que resignarse ante el destino!"

Luis no pudo seguir leyendo. Desplomó la cabeza sobre la mesa, atezóse los cabellos con las manos y, al fin, comenzó a mugir sordamente como un toro...

JOSÉ A. LUENGO.

Editorial 1927

Apartado 8.032



—¡No me digas querida!... Es un viejo insufrible que casi todos los días me da el té

—Bien pero te lo da con pasta.

Dib. de Margnat.

Historietas para el te
El cicerone

El hecho ocurrió en cierta capital andaluza cuyo nombre al igual que en el Quijote no viene al caso.

El edificio destinado a Casa Ayuntamiento era un palacio antiquísimo donado por cierto filántropo andaluz muy amante de las cosas de su tierra y muy amante de las obras de arte antiguas con especialidad de esculturas y cuadros de valor.

El citado prócer, que había reunido una gran fortuna sobre todo en lo que a obras pictóricas se refiere no quiso que estas pudiesen correr la mala fortuna de salir de España mal vendidas a su muerte por cualquier heredero desaprensivo y así al tomar pasaje para el otro mundo trató de ponerlas a buen recaudo, donando dichas obras con el edificio que las guardaba al Ayuntamiento con la expresa condición de que este velase por ellas y bajo ningún pre-

texto consintiese que se vendiese ni una sola.

El Ayuntamiento, fiel velador por la cláusula testamentaria del prócer tomó las correspondientes medidas y con muy buen acuerdo fundó una especie de pequeño museo en uno de los grandes salones del edificio, reuniendo en él todo cuanto de valor artístico poseía el palacio.

En esta sala y para guardar concienzudamente cuanto contenía puso un portero, hombre fiel a carta cabal y charlatán empedernido, que en muy poco tiempo consiguió ser popularísimo en toda la comarca por su charla fluída y ocurrente y su inventiva para explicar lo divino y lo humano. Para Salvador, que así se llamaba el conserje, no existían atascos ni cosas ignoradas y él a su modo se hizo una nomenclatura de cuanto encerraba el salón que era la delicia de los entendidos y la estupefacción de los profanos.

En cierta ocasión el Alcalde recibió la visita oficial de cierta dama—joven y guapa, por cierto—que venía del pueblo natal del Alcalde a pedirle ciertos favores de su jurisdicción para unas agrupaciones femeninas que presidía la aludida dama.

El Alcalde tras atenderla lo me-

jor que pudo o quiso trató de mostrarse con ella lo más atento posible para que sus paisanos no tuviesen que murmurar de su hidalguía y una de las cosas que se le ocurrieron, como más halagüeña, fué que su visitante admirase el tesoro artístico que en aquella casa se encerraba.

Pero como sus muchas ocupaciones no le permitían perder el tiempo en ello llamó a Salvador y le dijo:

—Mira, Salvador; tú que le conoces al dedillo todo lo que encierra nuestro museo acompaña a esta señorita y explícala todo lo que te pida, ¿me entiendes? Que no se quede sin saber nada de lo que te preguntaba.

—Descuide usted señor Arcarde que ezo corre e mi cuenta y la zeñorita sardrá mu zatisfecha.

Y muy digno se encaminó a su jurisdicción precedido por la visitante.

Nuestro hombre, fiel cumplidor de lo ordenado se excedió cuanto pudo en dejar bien sentado su pabellón de gran cicerone y con una verborrea inatajable iba explicando a la dama todo lo que ésta iba viendo.

—Mié usted zeñorita: este cuadro es de Rafaer, pero no crea usted que de Rafaer er Gallo zino der otro, de



El chufión gordo.—¡Míralo; se va a casa er día de la fiesta de la raza!

Dib. de Bellón.



TODO TIEMPO PASADO FUE MEJOR, por Picó.

—¿A qué edad tuviste el primer novio, abuelita?

—Los ocho primeros a tu edad.

—¡Caspita! ¡Y eso que llevábais la falda larga!

Rafaeliyo er auténtico que era un gachó con ca mano pa estos menesteres que mondaba.

—Esta cabeza es de don Van Dich, otro tío chaneando de brocha y esta bandeja que ve usté azin de grande como la plaza e la Maestranza es na menos que der señó don Bienvenuto un gacholis que se pasó no menos que noventa años dándole ar cincel y al martillo pa modelá esa pochez de figuras; con desirle a usté que agujereó seis martillos a juersa e golpes!...

La dama que le escuchaba complacida preguntó:

—Diga usted, ¿hay aquí algún Murillo?

—¿Cómo que si hay? ¡Aquí hay de too lo que usté pida! Arrepare usté en aquel gachó que paece que le han metío en una lata e petróleo; ese es de Murillo!

—¡Muy lindo!... ¿Y hay algún Goya?

—Zi zeñora, nos queda uno pa complacer a usté.

—¿Dónde está?

—Aquer mismito que está en er rincón.

—Muy bien veo que esto es un gran museo en pequeño.

—¡Digo! ya le ha dicho a usté er señó Arcarde que aquí había un poco de too.

La dama que llevaba más de tres horas contemplando tanta joya de arte v que con el paseo sentía el imperativo de evacuar una necesidad fisiológica se acercó a Salvador y un poco ruborosa le preguntó:

—Oiga usted el Watercló, ¿dónde está?

Salvador palideció intensamente; aquella pregunta le cogió desprevenido pero acordándose de la recomendación del Alcalde se adelantó muy ufano y replicó con un gesto de suficiencia:

—Zeñora: er Vaterclós le hemos tenido colgao hasta la semana pasá en aquer testero pero... ze lo han tenío que llevar a Madrí hace tres días pa que le pongan marco...

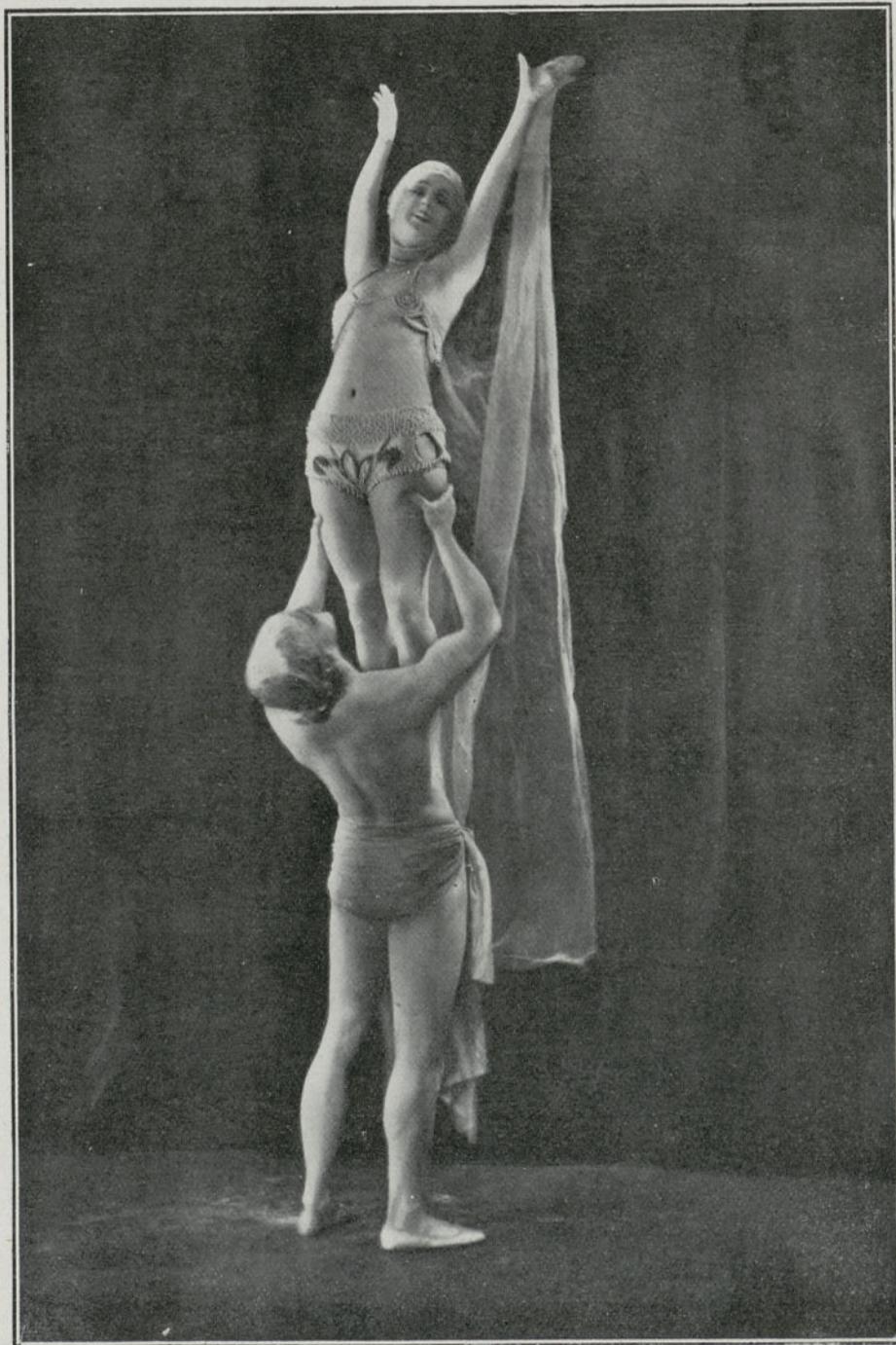
FIDEL PRADO.

FOTOGRAFÍAS GALANTES: RARAS Hermosas colecciones

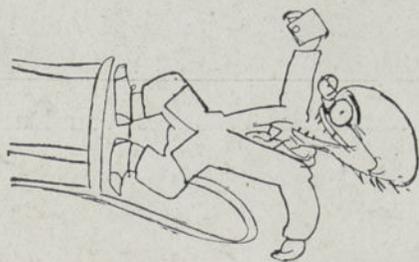
10 pesetas en sellos de Correo
Pedid a **Excelsior**, Poste Restan-

te Central

BORDEAUX (FRANCIA)



Los formidables bailarines Van Duzer et Guy, del Moulin Rouge de París.



Una escena de la magnífica
película *La distraída*.